

SENTIDO DE ESTA CELEBRACIÓN

(según el resumen de Alfa y Omega)

Dedicación de la Basílica de Santa María (María de las Nieves, Santa María la Mayor, Santa María del Pesebre). Tres nombres, tres denominaciones, tres advocaciones, tres títulos y un solo lugar de culto, una iglesia, una sola basílica y una sola Virgen Madre de Dios.

De planta rectangular, tiene tres naves con columnas jónicas. Su fachada principal mira a la plaza y se hizo en el siglo XVIII, el campanario románico se construyó en el 1377 y la fachada posterior que da al monte Esquilino data del siglo XVII. La imagen de la Virgen María situada sobre el altar mayor es del siglo XIII y el monumento a la Reina de la Paz lo erigió Benedicto XV al fin de la primera guerra mundial. El cielo raso fue dorado con el primer oro americano traído por Colón. Conocer la historia de esta basílica, una de las cuatro «mayores» que se visitan a diario por multitud de orantes, lo mismo que por amigos del arte, de la cultura o de la historia, obliga a remontarse hasta el siglo IV y a meterse por las enrevesadas galerías de la leyenda.

Cuenta ésta que un matrimonio romano, rico a más no poder y perteneciente a la nobleza, quiere hacer de su fortuna inagotable un buen empleo porque no tienen hijos. Dan limosnas generosas a los necesitados, pero los bienes cuyo destino final les preocupa no tienen fondo. Una noche, Juan Patricio –así se llamaba el esposo– tuvo un sueño en el que la Virgen Santísima le pide la edificación de un templo en su honor, en el monte Esquilino, en el lugar que ella señale con nieve. Era la noche del 4 al 5 de agosto. A la mañana siguiente, en plena canícula romana, ha aparecido una copiosa y milagrosa nevada en un lugar bien preciso y determinado. Comunicados el sueño y la nevada al papa Liberio, que también ha tenido esa misma noche la misma comunicación celestial, se organiza una procesión de fieles que van a contemplar el prodigio entre rezos admirados y cantos jubilosos. (La leyenda no tiene ninguna garantía histórica y, además, debió de aparecer allá por el siglo XI. Pero cuajó en la devoción popular que cristalizó en los dos lienzos de un discípulo de Giotto: uno representa al papa Liberio, dormido, con mitra presente, y a la Virgen hablándole; en el otro se ve a Juan Patricio y a la Señora haciendo nevar sobre el Esquilino. También



Imagen de la Virgen de las Nieves, que se venera en la parroquia de San Fructuoso de Santiago de Compostela. El grupo escultórico alude también a la leyenda que la acompaña.

(foto,MLP)

Murillo immortalizó la leyenda dibujando al noble matrimonio contando el sueño al papa Liberio, mientras que en el fondo se distingue la procesión de los fieles hacia el sitio nevado). Lógicamente, esa iglesia se llamó Liberiana, aunque nadie priva al pueblo de darle su propia denominación de «La Virgen de las Nieves» cuyo nombre llevan tantas de las cristianas bautizadas bajo esta advocación. Allí fue donde tuvieron que luchar los partidarios del papa Dámaso contra los secuaces del antipapa Ursino, a fines del siglo IV.

Luego, otro papa, Sixto III (432-440), la mandó reconstruir. Y como el Concilio de Éfeso definió en el año 431 la Maternidad divina de María contra la herejía de Nestorio, provocando una oleada de amor mariano desde Oriente a Occidente a la *Theotokos*, la antigua iglesia Liberiana se convirtió en el eco romano a la definición efesina. Crece el fervor, llueven donativos de los fieles y las matronas se desprenden de sus joyas para colaborar en el enriquecimiento y adorno de la primera iglesia edificada en Roma en honor de la Virgen María, celebrando el misterio de su Maternidad divina –principal y base de todos los privilegios y títulos– que queda expresado de múltiples formas con mosaicos, frescos y pinturas por toda la estructura. El calificativo de «Mayor» le viene por ser la madre de todas las que en el mundo están dedicadas al nombre de María.

Una nueva advocación viene a añadirse al templo: «Santa Maria ad Praesepe». Vino como secuela normal y lógica de la devoción, veneración y trato filial a la Virgen. Siendo la Madre de Dios, ¿cómo no se va a dar el salto a contemplar el nacimiento del Hijo por Quien y de Quien recibe toda su grandeza? Al lado de la basílica surge la gruta estrecha y recogida que es, de alguna manera, el remedo o copia de Belén.

PLEGARIA: Santa María, Madre de Dios, tú has dado al mundo la verdadera luz, Jesús, tu Hijo, el Hijo de Dios. Te has entregado por completo a la llamada de Dios y te has convertido así en fuente de la bondad que mana de Él. Muéstranos a Jesús. Guíanos hacia Él. Enséñanos a conocerlo y amarlo, para que también nosotros podamos llegar a ser capaces de un verdadero amor y ser fuentes de agua viva en medio de un mundo sediento. (DCE, n. 42)